

**TIEMPO FECHADO. NOTAS
INTRODUCTORIAS A UN ANÁLISIS DEL
PENSAMIENTO POLÍTICO EN LA OBRA
ENSAYÍSTICA DE OCTAVIO PAZ**

Erwin Rodríguez Díaz

Resumen

Se trata de presentar algunas líneas esenciales del pensamiento político disperso en la obra de Octavio Paz. Este texto es el resultado de una lectura de toda la obra ensayística paciana e incluye temas como la modernidad, la democracia, la libertad, las peripecias del marxismo y el socialismo real, los intelectuales de izquierda, el mexicano y sus soledades, la rebelión juvenil y el ascenso de los particularismos, entre otros asuntos. Se pretende presentar un resumen de las reflexiones del poeta mexicano en torno a los asuntos relacionados con la sociedad y el poder.

Abstract

This essay gathers some essential lines of the political thought scattered in the work of Octavio Paz. It is a result of a through reading of all literary essays of Paz. It includes subjects such as modernity, democracy, freedom, marxist vicissitudes, real socialism, leftist and its solicitudes, juvenile rebellion and the emergence of social particularities.

The idea is to deliver a summary of the reflections and ideas of this Mexican poet about subjects related to society and power.

As a matter of fact, this essay is an introduction to book on the same subject, still in process, which will probably have to go through several changes before its publication.

Pronto descubrí que la defensa de la poesía, menospreciada en nuestro siglo, era inseparable de la defensa de la libertad. De ahí mi interés apasionado por los asuntos políticos y sociales que han agitado a nuestro tiempo.

Octavio Paz, "La tradición liberal", 1982

Una introducción mínima

A Octavio Paz Lozano, mejor conocido como Octavio Paz, siempre le pareció pertinente definirse como poeta y ensayista de temas culturales, antes que como pensador político, y se cuidó muy bien de trazar una línea clara para alejarse de la condición de ideólogo o de militante de partidos políticos. Sin embargo, nunca eludió la tarea de reflexionar qué, en su opinión, debería ser la actividad principal de todo ser humano pensante. Por eso mismo, en su trabajo ensayístico muestra un contenido rico en consideraciones en torno a la libertad y sus compromisos, la tolerancia, la modernidad, la universalidad, la sociedad abierta, la convivencia y el distanciamiento de las particularidades, la democracia, la dictadura, la evolución histórica de los mexicanos, la Revolución Mexicana, la rebelión y la revuelta, el socialismo "realmente existente", los valores de Occidente, el liberalismo, el compromiso de los intelectuales, el ascenso de las identidades étnicas violentas y otros temas que son, justamente, conceptos políticos.

Ahora bien, la extensa obra paciana, tanto literaria como de análisis político, no puede separarse más que para fines operativos. La literatura de Paz es un ejercicio de razonamiento ordenado con libertad, cuyos ingredientes lógicos básicos se trasladan al trabajo de reflexión en torno a los asuntos relacionados con las sociedades y el poder.

Todo el trabajo intelectual de Paz es de observación y de razonamiento. No importa que se trate de poesía, teatro, pintura, arqueología o historia. El poeta considera que la reflexión política es vital porque, de

otra manera, los asuntos relacionados con el poder quedarían en las manos libres de los tiranos o, en su defecto, de los demagogos. Los primeros son los creadores naturales de los *gulags*, en tanto que los segundos, en el mejor de los casos, abren el camino para los ogros filantrópicos.

En otro orden, la poesía —y en particular la poesía romántica— es un ejercicio de libertad y de pasiones, así como del lenguaje adecuado para recrear las libertades que son innatas en el hombre. La poesía nos permite romper las ataduras orientadas con frecuencia en contra de las palabras. La poesía rompe la cárcel que aprisiona la vida, las pasiones del cuerpo y del espíritu humano. Por eso mismo es un instrumento firme en contra de las cadenas conceptuales muy frecuentes en la reflexión de los hombres. La libertad y la creación literaria no pueden separarse; el amante de la poesía —junto con los poetas y todos los creadores— debe ser un ciudadano proclive a la reflexión libre y crítica.

Uno de los principales ejes de las consideraciones del intelectual en torno a la política, se sustenta en un componente tutelar de Occidente: la crítica, ingrediente esencial de la modernidad y producto por excelencia de la libertad como ejercicio vital. En ese plano de reflexiones, sitúa Octavio Paz el escenario, tanto del Mundo Occidental como de otras culturas y formas de vida o de organización social. Se incluye en esta visualización al llamado “socialismo real” y sus efectos o derivaciones en el orden mundial contemporáneo. Lo universal es la crítica con base en un compromiso con la libertad, así como la práctica cotidiana de la tolerancia. De esta manera, la crítica debe conducir a la creación y ésta siempre debe estar dispuesta a y para la crítica. Estos temas van a involucrar a Paz no sólo en la reflexión, sino en crear los espacios para su análisis. Estas premisas explican por qué el poeta es un organizador de grandes empresas —en el sentido de emprender— de la cultura y de la aplicación de la libertad en el análisis respectivo.

El literato, al referirse a la modalidad del ensayo como su forma preferente para la aproximación a distintos temas, lo hace también a partir de su natural opción por la libertad. El ensayo literario o político —más el segundo que el primero— es de validez temporal; es decir, el tiempo para

realizarlo es corto y la duración de su vigencia suele ser también de naturaleza limitada. El ensayo, visto así, permite al autor la libertad para emigrar hacia otros temas con la misma actitud despreocupada con la que llegó a alguno de ellos. Contrario al “tratado”, que ata al pensador y se va constituyendo en una suerte de prisión temática, el ensayo es ligero y, como un buen equipaje, se puede dejar a un lado sin mayores dificultades. Para un pensador libre, es mejor el ensayo, porque brinda el margen para una apreciación rápida y, en consecuencia, para la búsqueda en distintos universos. El ensayo es para los exploradores, en tanto que el tratado es para los amantes de la conquista y la permanencia en los territorios conquistados, con todas sus implicaciones. El ensayo también nos permite una aproximación que no necesariamente implica una teoría: la obra del poeta mexicano, como él mismo lo ha señalado, es una reflexión.

En ese orden de ideas, nos proponemos hacer un resumen somero de esta creativa y lúcida vertiente del ejercicio intelectual paciano. La intención, en este espacio, es dar un vistazo general —breve, por necesidad— a las principales líneas del pensamiento político en toda la obra de Octavio Paz. Como es previsible, el trabajo puede dejar mucho que desear entre los lectores especializados del poeta mexicano. Sin embargo, el propósito más importante es dejar algunos saldos positivos a quienes nunca lo han leído y no tienen ninguna intención de leerlo; y a quienes sí están interesados, pero no han tenido la oportunidad de un acercamiento más o menos sistemático a la obra ensayística. En todo caso, se trata —de manera conciente— de una bien pensada provocación para promover la lectura. Es un intento por resumir las ideas tras una larga aproximación a la obra paciana, hecha incluso con intenciones distintas a través del tiempo.

En una etapa pensamos que la propuesta de Paz era cuestionable; empero, había necesidad de conocerla mejor para construir opiniones más apropiadas. En otra, el pensamiento paciano comenzó a mostrar su peso específico y a generar complejos sentimientos de admiración. Este trabajo, en consecuencia, obedece al deseo de combinar lecturas de intención encontrada. Es un intento por aplicar, en el plano de las intenciones, el esquema paciano de las dualidades. Es el resultado de una lectura en

principio crítica, que termina por llevarnos a un serio ejercicio de reconocimientos.

Desde un principio, es necesario decirlo: Paz se inclina hacia el análisis con orientaciones políticas, porque considera riesgosa la marginación de los intelectuales. A pesar de las apariencias, el espacio para las personas de pensamiento no es la mítica torre de marfil ni mucho menos. El aire refrescante de las reflexiones sensatas deben llegar a la política, y para que ello suceda, se requiere el concurso de los espíritus libres y en pleno ejercicio de todas las tolerancias. Por ser un intelectual libre, en todo el sentido de la palabra, marcó siempre sus distancias con respecto a los milenarismos y a las visiones apocalípticas, tanto de los conservadores como de los igualmente ominosos originados en el sector autoproclamado como “progresista”. A lo largo de su obra ensayística, Paz tuvo la intención de mantenerse alejado de toda apreciación con tintes ideológicos o religiosos que pudieran nublar las visualizaciones. Por eso, fuera de algunas circunstancias excepcionales, tuvo siempre el cuidado de no sentirse ni actuar como “militante”.

El poeta y ensayista mexicano consideró esencial el principio kantiano de la libertad como elemento consustancial del ser humano. Esta libertad implica la relación directa entre la madurez de las sociedades y la posibilidad de escoger el destino que, por eso mismo, es más individual que colectivo. En estas circunstancias, la tutela paternalista del Estado es un factor en general anquilosante del espíritu libre; de tal manera que la posibilidad de formar la propia razón se disminuye. Sólo el liberalismo—concebido como la propuesta política de la libertad en todos los sentidos— tiene un contenido ético y social con posibilidades de guiar a los seres humanos en el plano “...moral... en nuestro trato con otros, ya que nos enseña la tolerancia...”.

Por supuesto, en su opción por el liberalismo no existe ninguna incondicionalidad, ni mucho menos; no hay ninguna profesión de fe ni algo parecido. Por el contrario, se cuida bien de prevenirnos sobre la desmesura de creer en un sistema perfecto y de validez universal permanente. Él mismo nos indica que el esquema liberal le trae a la mente más dudas que respuestas, aunque lo considera perfectible y, dentro de los lími-

tes humanos, aprovechable. Es más perfectible que otros *ismos* y doctrinas existentes en el mundo actual y, en consecuencia, es una razón llena de posibilidades, aun cuando todavía sea insuficiente. Sólo en la libertad se puede oír la voz de los herejes y sentir la razón de los renegados, contrario a los milenarismos incapaces de soportar a los disidentes. En menor medida que otras, es una propuesta imperfecta.

Paz es, ante todo, un crítico y su compromiso intelectualmente existencial es con la libertad más allá de una simple expresión filosófica. Su orientación permanente es hacia el ejercicio diario de la libertad en situaciones reales, no imaginarias ni que se correspondan en exclusiva con terceras personas. Para él, *hay libertad, cada vez que hay un hombre libre, cada vez que un hombre se atreve a decir NO al poder...*

También, como lo apunta en *El arco y la lira*, cuando se pone en acción el pensamiento, en una actitud alejada de "...los dogmas de la religión y de la utopía de los filósofos". Bajo las mismas consideraciones, también existe libertad cuando una persona se niega a legitimar a los sistemas políticos sustentados en la calumnia, la mentira, el autoritarismo, el crimen y la hipocresía. Así sucedió con algunos de los seguidores ideologizados del marxismo, una doctrina con la que Paz rompió cuando ésta era la ideología tutelar del stalinismo que, a su vez, gobernaba al Mundo Soviético de entonces. Sobre este asunto volveremos más tarde, en un apartado especial.

Bajo el signo de su apuesta por la libertad, el autor de *Piedra del Sol* no sólo refutó la "razón de Estado", sino que literalmente huyó de ella. Él, como un "hijo rebelde de la modernidad", siempre mostró su preferencia política por el ciudadano, en cualquier parte del mundo, que se conduzca como mayor de edad, libre de tutelas y de autoritarismos, ya sea políticos, económicos o culturales. En un plano de ausencia de libertades, las mejores propuestas del ser humano se convierten en quimeras más o menos atractivas y ominosas. Estas reflexiones, muy frecuentes en los escritos pacianos, van a ser el ingrediente intelectual rector de sus observaciones en torno al escenario en el que le correspondió vivir. Sin embargo, el escritor añade otro que no es menos frecuente en sus reflexiones: el factor moral que debe estar presente a la hora del análisis

y la crítica. Este elemento debe regular los acercamientos tanto hacia la modernidad o a la tradición y, en la misma medida, cuando se construyen juicios en torno a la cultura occidental. La vigencia de las razones de la ética impide al intelectual convertirse en generador de ideologías y borrar las distancias siempre necesarias con respecto al poder, debido a que la conciencia y el poder político no siempre van por el mismo camino.

La libertad es un concepto social. No se puede decir que Robinson Crusoe fuera libre ni mucho menos. Por eso mismo, la libertad debe ejercerse en todos los agregados humanos. La libertad del solitario es similar a la soledad del déspota. En ese sentido, no se puede reducir el concepto a un ejercicio especulativo ni mucho menos: es necesario ejercer la libertad para poder decir que existe. Por una parte, es singularidad y excepción; por otra, es pluralidad y convivencia. El comienzo de la libertad es simultáneo a la crisis de los absolutos. En la literatura *La Divina Comedia* es la analogía entre el mundo y el inframundo. En *Don Quijote* se rompe esa correspondencia y se da el inicio festivo de la novela moderna. El caballero andante es ingrediente de escenarios irónicos y críticos. La solemnidad de Dante es motivada por la opresión religiosa y sus circunstancias oscuras pese a sus fastos. La sonrisa cervantina es de inteligencia, porque surge de una condición y convicción libertaria. La analogía entre literatura y vida ciudadana, por supuesto, es válida, porque el componente central es el ejercicio de la libertad en todas sus acepciones.

Octavio Paz es, ante todo, un pensador universal y, en esos términos, vamos a revisar e interpretar sus reflexiones. Se trata de un intento por hacer una lectura del poeta, con la intención de generar nuevas inquietudes. Se pretende hacer una interpretación sobre sus reflexiones y adaptar el trabajo a las necesidades conceptuales de este nuevo siglo mexicano. Es una lectura y no la lectura. Por eso mismo, se tiene una amplia libertad para derivar conceptos e ideas de su propuesta. La universalidad, sin embargo, por serlo, es relativa a la validez de sus pensamientos en distintos puntos —no es absoluta, claro— de la geografía mundial. Esta universalidad, también por serlo, no impide al poeta hacer una advertencia explícita sobre el valor temporal —relativo— de

sus percepciones. Paz escribe o habla en un tiempo para un tiempo; sin la pretensión de establecer verdades eternas e irreversibles. Su tiempo, por eso mismo, es fechado; dicho de otra manera, finito. Sus reflexiones son válidas, mientras es vigente su percepción de los acontecimientos. Esta relatividad nos permite nombrar a este trabajo como "Tiempo Fechado".

Su compromiso con la universalidad es explícito. A pesar de sus frecuentes y profundas aproximaciones a nuestro país y a otras naciones, su visión es desde un punto universal de referencia. Para el poeta, la supuesta querrela entre "cosmopolitismo" y el "nacionalismo" debe ser un asunto superado ya desde todo punto de vista. En el arte literario, el nicaragüense Rubén Darío es el iniciador hispanoamericano de la universalidad en la poesía y esta actitud literaria se ha convertido en una conquista globalizada. En la actualidad, ante un mundo que se ha vuelto más complejo y, paradójicamente, más conocido, las preguntas que surgen comienzan a ser las mismas en todas las naciones. Por supuesto, también se han comenzado a generar respuestas bastante parecidas en un mundo que apunta hacia la homogeneidad cultural.

Existe un proceso de globalización que se ha hecho más visible en los últimos tiempos. Paz insiste en que la globalización nace junto con los imperios y los exploradores a la orden de los gobernantes de aquéllos. Sin embargo, la mundialización está ahí y es necesario corresponderle con una universalización de los valores humanos. Entre ellos está, por supuesto, la tolerancia y la apertura de las sociedades hacia otras expresiones de la cultura y formas de comportamiento. Para bien o para mal, el mundo se homogeneiza en lo material y es necesaria una correspondencia en el plano cultural, que haga valer las diferencias dentro de una propuesta unida de humanismo y valores universales compartidos. La universalidad es la posibilidad de acompañarse en la libertad y la democracia. No se puede universalizar el despotismo ni las visiones teológicas o partidistas. En vez de homogeneizar el pensamiento, se deben igualar las condiciones para que éste sea libremente distinto.

También se compromete con la modernidad en el sentido de una actitud inicial de preeminencia del futuro que se ha transformado en un haz de preguntas. Como a menudo sucede con Paz, las ideas se trans-

forman en búsqueda, y a partir de ahí encuentran legitimidad. El rasgo esencial de la modernidad es su relación directa con la crítica, el ejercicio de la libertad no sólo en los pensamientos, sino también en las pasiones y, para complementar, la propensión permanente al cambio.

La modernidad, bajo esta óptica, es una tradición —aunque suene reiterativo— de Occidente y sólo desde ahí es posible irradiarlo hacia otras regiones del mundo. “En el pasado, la crítica tenía por objeto llegar a la verdad; en la edad moderna, la verdad es crítica. El principio que funda nuestro tiempo no es una verdad eterna, sino la verdad del cambio”. La crítica moderna debe incluir el lenguaje y la actitud irónica, porque uno y otra son caminos para desacralizar al presente y convertirlo en un asunto cambiante e inherente a los seres humanos en su integridad e intensidades. El tiempo moderno, a su vez, niega la presencia y validez absoluta del pasado, al mismo tiempo que descrece de manera razonable del futuro.

Lo importante para la modernidad es el HOY, lo que se vive en este tiempo. Este tiempo, a su vez, se “gasta” si no se vive con plenitud. Es decir, si no se da una respuesta plena y satisfactoria a la reflexión, al deseo sexual, al erotismo y a la sensibilidad ante el arte o la naturaleza. El uso del tiempo debe hacerse de manera intensa y voraz. El poder político, inclusive el que proviene de gobiernos autonombrados revolucionarios, ha convertido a los seres humanos en objetos despojados de su tiempo, de sus pasiones y de toda clase de placeres. Se ha convertido a los hombres en sujetos unidimensionales, aprisionados por las oscuras ecuaciones de la producción-consumo o, en el otro extremo, de las utopías convertidas en un forzoso sustento ideológico. Por esa razón, el hombre moderno tiene pendiente la tarea de la liberación en el sentido completo del término. La modernidad es una búsqueda, a la par que un sacudimiento estético y moral.

Por ser la modernidad un asunto complicado y de múltiples adherencias en los respectivos tiempos históricos del hombre occidental, Paz sostiene que la modernidad es un *continuum* y, por eso mismo, desconfía del término posmodernidad. Paz, en sentido un tanto juguetón, señala que la posmodernidad solamente significaría “ser más modernos” que antes.

De la lectura de sus últimos ensayos, se puede inferir que al intelectual mexicano le queda muy clara la idea de la modernidad entendida ésta como un fenómeno originado en la asunción de la cultura occidental, a partir del Renacimiento y de la Revolución Industrial. En ese sentido, en los años recientes, sólo ha habido impresionantes cambios tecnológicos que han dado nuevas formas a la modernidad, aunque la propuesta central siga siendo la misma en sus esencias más profundas.

Una de las principales y, a menudo, más angustiantes preocupaciones de Octavio Paz es el examen, de “el mexicano” y de “lo mexicano”. Se trata de una visión sobre el tema y no una definición ni la búsqueda de nuestras esencias en sí. Pretende, de esa manera, dar continuidad al trabajo pionero iniciado por el maestro Samuel Ramos y otros pensadores mexicanos integrantes del Grupo Hiperyón de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Este grupo de estudiosos fue fundado y acaudillado intelectualmente por el filósofo español José Gaos.

Octavio Paz se decide por entrar al tema del mexicano tras algunas vacilaciones, como él mismo se ocupó de señalar. Estas dudas se derivaron de la convicción paciana en el sentido de que una obra creativa sería y sistemática —exigente en el esfuerzo— puede superar en trascendencia a todas las especulaciones relativas a las esencias mexicanas. Según esta apreciación, el mexicano es más proclive a las búsquedas para interpretarse y mucho menos a la creación, lo que no deja de ser un problema grave a la hora de los resultados. Con frecuencia, el mexicano prefiere las elucubraciones sobre la obra a la obra misma, inclusive antes de iniciarla o proponerse llevarla a cabo. La especulación es una manera de ocultar su incapacidad, real o supuesta, para la realización de las tareas creativas.

Una vez superadas estas dudas, para don Octavio es válido situar al mexicano como aquella persona que se interroga e interroga sobre su origen, su papel y su destino histórico o cultural. Octavio Paz, a lo largo de su trabajo denso y apasionado, busca, encuentra y nos presenta una constante histórica y cultural, que es la soledad de los mexicanos. Esta soledad le acompaña siempre y es un componente esencial de las apariencias, las realidades y las contradicciones de su vida cotidiana, así

como de sus posibilidades de trascender. De esta manera, el mexicano del que se ocupa el poeta, es un solitario acompañado de su propia soledad y de otras soledades, de la soledad del semejante. La soledad, con mucha frecuencia, es un conjunto de interrogantes y de heridas correspondientes a los distintos pasados que, como en las pirámides prehispánicas, se hallan superpuestos. Detrás del presente, hay un pasado y detrás de ese pasado hay otros tiempos ocultos. El pasado oculta a otro similar y tras de éstos están otros tiempos más anteriores.

El mexicano en su soledad, como en otros planos de su vida, no da su brazo a torcer. Dicho de otra manera, el mexicano solitario no demuestra que lo es, porque esa demostración iría en contra de su autoestima ya muy vulnerada por todas las contradicciones que enfrenta. Por el contrario, procura enmascararla y sus expresiones de valentía, de fastuosidad o de euforia no son más que mecanismos defensivos, con la pretensión de ocultar la realidad.

El mexicano, en ese orden, es amante de las fiestas y de los acontecimientos vistosos o muy sonados. Su soledad conduce al conjunto mexicano a ser un pueblo ritual, con mucha imaginación y auténticas comuniones de colores, sonidos y sabores. Para acompañarse en su soledad, los pueblos del país saturan el calendario con rituales y fiestas. En estas celebraciones o conmemoraciones, el mexicano come en abundancia, grita, se emborracha, reza y llega, inclusive, a matar en honor de la Virgen de Guadalupe, del general Emiliano Zapata, de Pancho Villa, del general Ignacio Zaragoza o del mismísimo Padre de la Patria. El 15 de septiembre, el mexicano grita durante mucho tiempo, seguramente para no sentirse tan mal cuando se vea obligado a silenciarse durante todo el resto del año. Grita para acallar sus silencios y a la soledad que se refugia en ellos. El 12 de diciembre es, en realidad, un encuentro entre el pasado original, el presente complicado y un futuro apenas previsible, pero reconciliable con los otros tiempos. Grita de entusiasmo y de miedo, en una dualidad bullanguera, temerosa y, en general, festiva.

Las fiestas, tan frecuentes y tan distintas en sus presentaciones o motivos, no son exclusivas de los mexicanos peregrinos y creyentes, pobladores de la geografía rural del territorio. También los ciudadanos, los

ateos y los desconfiados tienen su propio santo —el cumpleaños— al que honran por lo menos una vez al año con festividades ruidosas. Lo que sucede es que la fiesta —en comerciantes, líricos o licenciados, cultos o no— es una oportunidad para establecer un diálogo con la divinidad, la patria, los amigos, los vecinos o los parientes: para retar a la soledad. En esos días de celebraciones, el mexicano hace escándalos con petardos, gritos o disparos al aire. Descarga su alma y se hace estallar en ruidos y luminosidades, aun cuando a veces la alegría —para dejar huellas más profundas— acaba mal. La fiesta de los mexicanos es, en general, una ocasión para sobrepasarse en sentimientos, comidas, bebidas o sonidos y abatir, por lo menos en ese momento, a las soledades cotidianas. Es un tiempo para desafiar al poder y, a veces, para ejercerlo, así sea por unos momentos. La fiesta es, vista así, un juego de poder.

Como un tiempo de poder —o no sumisión— y libertades momentáneas, la fiesta también es un pretexto muy apreciado para el uso de las palabras prohibidas y míticas. Es la oportunidad para pasar por ser *muy chingones*; para *chingar quedito* y, finalmente, si la ocasión así lo obliga, para *mandar a todos a la chingada*, un sitio-país mítico, irreal, en donde todas las cosas están rotas y, por supuesto, abiertas. Un lugar en el cual todos sus habitantes y todas las cosas han sido *chingadas* y ya no queda de ellas ningún componente de revaloración. Ese momento de ser chingones, sirve también para prepararse anímicamente y resistir, con ese aliento, la chinga en todos los sentidos, que suele llegar después de cada fiesta. Este verbo agresivo, en su sonido y en sus contenidos, que desgarrar y humilla, es una vía para expresar la soledad —por eso mismo, de repelerla— y de sentir —a veces de hacer sentir— las heridas de la violación originaria, cuando la madre mítica fue *chingada* por los conquistadores españoles y redujo a los mexicanos al estatuto de *hijos de la chingada*. Las malas palabras, como puede verse, no son sólo una respuesta a la soledad, sino también constituyen una puerta para superarla al expresarlas, ya sea de manera privada, en lo oscuro, o en público.

Más que otros congéneres diseminados en distintos rumbos del planeta Tierra, el mexicano se ha vuelto un experto —de grado o por la fuerza— en el enmascaramiento de su rostro y de sus palabras. Cuando

las mujeres o los hombres de México hablan, no dicen lo que se les oye decir, sino que su lenguaje es también misterioso, susurrante, y oculta las verdaderas intenciones. La palabra enmascarada se asemeja, en ese orden, a los rostros enmascarados, que detrás de la risa o de las lágrimas pueden ocultar gestos distintos y aun opuestos. Por esa razón, el lenguaje es también oculto y con ese disfraz esconde las verdaderas intenciones. El malabarismo explica el por qué el lenguaje y el rostro político es muy difícil de asir —y más de entender— entre los mexicanos en México. El volumen de las palabras también es importante, con frecuencia el silencio es una máscara del grito y, a la inversa, el grito disfraza el acallamiento. Con las excepciones, por supuesto, que se dan cuando se conocen los complicados códigos del comportamiento y del hablar nacional. Las palabras y las máscaras, aun cuando de manera indirecta, se corresponden con la soledad, porque dan a este sentimiento un nuevo ingrediente que la hace más soportable e, incluso, dota al rostro de los mexicanos de sus más enigmáticas sonrisas.

La soledad, como es de suponerse, no es privativa de los mexicanos. Es más, es frecuente en la mayor parte de los pueblos. Sin embargo, en el mexicano y en la mexicana, aunque con algunas variantes que el poeta nos explica y que retomaremos más adelante, representa una característica muy especial. Porque esa soledad, también le permite —o lo llama a— reconocer y reafirmar sus identidades. Es una forma de ocultamiento y, de manera simultánea, como en otra dualidad tan próxima a Paz, de mostrarnos y de buscar y encontrar nuestras raíces o esencias. Para el poeta, la única manera de construir o reconstruir la identidad perdida, es buscar a las demás soledades y unir las mediante la creación y la libertad en un conjunto histórico, social y cultural. En la medida en que las soledades se acompañan, también se disfrazan o se hacen sentir menos. Sólo el acompañamiento de otras soledades hace que se haga menos difícil de sobrellevar.

Para el autor de *El laberinto de la soledad*, es muy importante reconstruir nuestro pasado histórico y cultural no para volver a él, porque ello es imposible. La soledad también es una búsqueda dolorosa del origen. Es la nostalgia por el lugar original que es el tiempo prehispánico o

el de la Colonia, o el del porfiriato, o el del zapatismo o el cardenismo. Siempre hubo un tiempo inicial en el que todo era bueno o, por lo menos, parecía serlo y se revalora entre nosotros, a veces en una dimensión mayor de lo que realmente fue. En ese orden, a todos los mexicanos nos hace falta un encuentro con el pasado para mejorarlo, en todo el sentido de la palabra. Para hacer mejor el tiempo presente, que sería una interpretación y, la otra, la superación del pasado traumático con el olvido del mismo. Este es el gran desafío para la cultura nacional en el presente y el porvenir, para los hombres y mujeres mexicanas.

Las mujeres de nuestro país, en la visión de los mexicanos, son un ser oscuro, secreto y pasivo. No tiene malos instintos ni los requiere; en realidad, su pasividad es creada para satisfacer el apetito cósmico. Encarna la voluntad de la vida como una actitud impersonal y, por eso mismo, no se merece la represión a la manera española, consistente en mantener a las mujeres en su casa, con la pata rota y el freno de la religión.

Solamente se le considera infiel cuando ella se pretende libre y complaciente con sus propios caprichos; mientras tanto, debe ser protegida y respetada, con excepción, por supuesto, de la mujer ajena o lejana. Es un símbolo representativo de la estabilidad, el orden, la piedad, la dulzura y la continuidad de la especie, nunca es pregunta, sino respuesta: está para complacer a la sensualidad cósmica y masculina. Atrae, y el centro de su atracción es su sexo, oculto, pasivo, inmóvil y sol secreto. Por eso debe también ser adorada como “madrecita” y como mujer sufrida. En lo que más nos interesa, la relación con el poder, las mujeres se han convertido en un canal para suavizar los autoritarismos.

La mujer no puede ser depositaria del poder, porque es “rajada” y abierta, porque su condición de sujeto cósmico y espiritual no le permitiría ejercer el autoritarismo que corresponde a los hombres “no rajados”. Las mujeres aspirantes al poder son una especie peligrosa y subversiva. Inclusive, existe la posibilidad de que sean “malas mujeres”, porque tienen una proclividad hacia la acción y para dejar de ser el hemisferio pasivo que complementa el activismo de los hombres.

La mujer activa se aleja de la madre abnegada y obediente, sexual-

mente deja de ser “la novia que espera” y esa movilidad es atentatoria contra el orden cósmico. La actividad y la impudicia se confunden y acaban por petrificar su alma. La “mujer mala” es dura, impía, independiente y mandona. Ocupa, por eso mismo, un lugar que pertenece a los hombres y, como toda usurpación, es una anormalidad que ha de restañarse. Es una mujer que trasciende su fisiología y, en vez de “abrirse”, se cierra como se deben cerrar los hombres que son realmente hombres. El poder, en ese sentido, no se debe depositar en la mujer: es atentatorio contra el orden cósmico, moral, material y de la permanencia para la especie.

Octavio Paz revisa nuestra historia —aun cuando se detiene para aclarar su ocupación de poeta que examina el pasado y reflexiona sobre el presente— y rompe con las periodizaciones tradicionales referentes a los distintos pasados de los mexicanos. Así, establece una periodización de la historia mexicana que es, para decir lo menos, heterodoxa. Divide el tiempo mexicano en fases que nunca habían sido propuestas y que, a primera vista, parece más discutibles que otras. De alguna manera, la lectura paciana del tiempo es una forma de ruptura con la tradición historiográfica mexicana más ligada a las necesidades ideológicas del poder, que en otras latitudes. Esto es, la historia tradicional mexicana es parte de un discurso político para consolidar la ideología oficial dominante y, por eso mismo, es necesario trazar una raya para deslindarse de sus incomodidades. La reflexión por el pasado debe alejarse de los intereses del poder.

La primera etapa es la de nuestros antecedentes precolombinos; el tiempo de los habitantes que vivieron antes de la llegada de los españoles. Nuestro primer pasado, con sus transposiciones de culturas y sociedades, hasta la ruptura del orden colonial, que también se caracterizó por ser un encuentro violento y pacífico, esperanzador y fatalista, autoritario y paternal, de sociedades y culturas distintas. La fase histórica, en este sentido, se compone con el tiempo prehispánico conocido y el choque violento con los hombres de ultramar. De un lado, los españoles con una cultura que es de España reunificada, que recoge la gran herencia renacentista, aunque limitada al terreno de las artes. Es, por diferentes

motivos, una España contradictoria que asume ideas y herencias del Renacimiento, contrarreformista en el terreno religioso y absolutista en la política. Es católica en su fe e islámica en muchos aspectos de su vida cotidiana. De otro lado, un conjunto de pueblos y culturas en el variado territorio mesoamericano encabezado por los habitantes del Valle de México, con un *Imperio Universal*, tal como lo llamó Arnold Toynbee, con sus correspondientes traslapes de pueblos conquistados y culturas en una frontal resistencia.

Algunos de estos pueblos son examinados por Paz desde una perspectiva histórica y cultural, como es el caso de los Mayas, cuyo complicado universo es descrito por el poeta desde el observatorio de sus artes. Para Paz, el arte *mayense* más que un ritual o una actividad propia de pueblos con mayor tiempo libre, es protagonista, porque quienes lo hacen son realmente protagonistas.

En una y otra sociedad de encuentro —o de choque, como lo afirman otros historiadores—, subyacen elementos de cambio y de continuidad; de grandezas y de miserias humanas. De heroísmo y de traición, de ímpetu renovador y de extraños fatalismos. El legado renacentista en el pensamiento y las obras, junto con la Santa Inquisición que, a su vez, combina la fe con la tortura. Una España peninsular y unida junto a otra lejana y dispersa, la primera asume el autoritarismo, la segunda es una invención para los españoles de horizontes abiertos, libres de las ataduras de la caballería andante, de los mesteres de clerecía y sus derivaciones. De una parte, los monumentos y la astronomía prehispánica; de otra, las guerras floridas para capturar esclavos o candidatos a la piedra de sacrificios que era también altar de los dioses mesoamericanos. Es la articulación de muchas sabidurías con el esclavismo, el autoritarismo y la fe en un destino nacido de sus dioses tutelares. El impulso creativo y la fatalidad ante los acontecimientos en una cultura que ya había entrado en la agonía o en un franco desencanto.

La segunda fase de esta periodización para el ensayista corresponde al tiempo y esquema coloniales. Sin embargo, a diferencia de otras interpretaciones sobre el pasado mexicano, esta etapa no termina con la entrada del Ejército Trigarante a la ciudad de México, ni mucho menos.

En realidad, la Colonia se prolonga, social y culturalmente, hasta la época de la Reforma Liberal y se incluyen todos los altibajos culturales, con una franca adaptación de la sociedad novohispana-mexicana a lo ya existente y, en el terreno de la organización social, toda la incertidumbre del México recién independizado. La Colonia, en términos culturales y políticos, no es un periodo de creación sino de sumisiones a lo ya establecido, tanto de los conquistadores como de los pueblos derrotados. De igual manera, el tiempo colonial permanece con sus instituciones y tradiciones. La adaptación tiene —como si fuera un componente en sí— una vida propia aunque, ciertamente, con visos de penalidad y de tragedia. Es la adaptación religiosa de pueblos con deidades que, para decirlo de alguna forma, se habían venido a menos en cuanto a la posibilidad de renovar.

Como una sombra, a veces más perceptible, la dualidad persigue a los novohispanos y más a los mexicanos. De un lado, los dioses derrotados de los prehispánicos que, por eso mismo, no pudieron tutelar una verdadera resistencia en terreno religioso, dado que los pueblos colonizados estaban ya en el fatalismo con respecto a su destino. Por otra parte, la Corona nos trae una religión de Estado, de Estado Absoluto, que había perdido ya sus antiguos impulsos creativos y de renovación, para ligarse al autoritarismo y las fuerzas centralizadoras. Los españoles vinieron para imponer, por la razón de la fuerza, una sola lengua, una sola religión, un solo Señor y un solo punto de vista para examinar al mundo. Para imponerse se requirió la fuerza, para mantenerse se necesitaron todas las formas posibles del autoritarismo. La religión que nos trajeron no comparte la fe con otras expresiones; el poder político impuesto es de origen divino y, por eso mismo, renuente a toda negociación y acuerdo con los subordinados.

Los dioses locales estaban derrotados aun antes de que los españoles llegaran a la Península de Yucatán. Incluso así, los españoles se vieron obligados a construir un imperio con base en símbolos. Octavio Paz nos describe un viaje del virrey —pudo haber sido cualquiera de los virreyes— con inicio en el puerto de Veracruz, en una verdadera peregrinación ritual. El personaje imaginario, tras noventa días de viaje por mar, llega a la Villa Rica de la Veracruz que no es un destino, sino una

pausa, antes de iniciar el ascenso hacia el altiplano del Valle de México. Antes de partir, el virrey hace celebrar un *Te Deum*, al mismo tiempo que revisa en persona, con todo el interés —bajo la mirada de los capitanes— el estado de las fortificaciones del puerto. Como se puede entrever, hay una combinación de la religiosidad con la fuerza armada de ocupación, por aquello de las dudas.

En su peregrinaje, desde donde sale el sol, es saludado por los gobernadores indios sobrevivientes de las guerras de conquista. El saludo es efusivo y, en el fondo, muy sincero. Los señores alzan las manos, mientras se mueven al viento los estandartes y las flores simbólicas de cada pueblo. Después, tras algunos días de camino, pasa a Tlaxcala, la tierra de los aliados y amigos. Gracias a ellos y a otros pueblos, la victoria sobre los Aztecas se logró sin mayores contratiempos. Ahí, el virrey comienza a portar un estandarte con su escudo personal de armas en un lado y al otro el de la Corona Española. Los trajes indios y los jeroglíficos de las calles homenajean a la autoridad y le refrendan la voluntad de someterse y obedecer. Algunos estandartes y vestimentas de fiesta ya habían servido para saludar el paso militar de los guerreros o dignatarios mexicas, cuando éstos aún eran los amos y señores del complejo mesoamericano —del ocaso mexica sólo habían transcurrido una o dos décadas.

Sigamos al viajero más al centro del altiplano. El desfile se repite en Puebla, Otumba y Cholula. El escenario no se crea de gratis y hay que seguir el protocolo al pie de la letra, porque los lugares son significativos en este tiempo de los símbolos, convertidos en parte del instrumental del poder. Tlaxcala, Puebla, Otumba y Cholula, son ciudades—adoratorios—fortalezas con un papel muy importante en las guerras de los españoles. Por eso es necesario reiterar en cada una de ellas la naturaleza de la relación vencedor-vencido, en un ejercicio de poder-obediencia, previo a la llegada a la ciudad de México.

Ahí, en la cabecera del virreynato, las calles están plétóricas de banderas, campanas en pleno despliegue de sonidos, desfiles, arcos de triunfo y romerías populares, al principio sin los mestizos que hacia mediados de la Colonia son ya parte natural del escenario. Otra vez, los bastones de mando y los estandartes brillan en todo su esplendor, con la

plena complacencia del Virrey, que necesitaba de ese brillo, como un símbolo deslumbrante de la dominación.

Al transcurrir el tiempo, estos elementos y otros similares —culturales e históricos, del tiempo colonial— han quedado muy bien grabados en la conciencia de los mexicanos y constituyen la razón esencial en la permanencia de varios de los factores autoritarios. A esta imposición, no pudimos oponer más que las resistencias aisladas y las actitudes personales de algunos pensadores de excepción. A estas respuestas aisladas corresponden las ideas, las actitudes y las obras de Sor Juana Inés de la Cruz y de Don Carlos de Singüenza y Góngora. El trabajo de la una y de el otro, están presentes en las diferentes búsquedas de los mexicanos inconformes con el destino colonial. La obra de ambos revela la actitud en contra del aprisionamiento de talentos que es necesario superar por principio de todo. La Colonia y sus improntas es una red que todavía aprisiona a innumerables mexicanos de nuestro tiempo, aun cuando esa presencia oprimente no sea siempre perceptible con claridad. De ella, los mexicanos de entonces únicamente podían escapar con base en sus talentos personales.

La tercera etapa comprende de la Reforma Liberal hasta nuestros días. En este periodo histórico es cuando se empieza a construir la modernidad del país. En la Reforma se inicia la construcción del Estado Nacional que elimina los poderes laterales de la iglesia y otras corporaciones o fuerzas difícilmente definibles. Los liberales representan a una de las generaciones más interesantes de la vida nacional y, por eso mismo, pensaron en la libertad como elemento consustancial de la modernización para el país. A pesar de la inestabilidad que legitimaba a un gobierno fuerte, la generación de mediados del siglo XIX quería limar las garras del Estado heredado de la Nueva España y pretendían un poder político de baja intensidad junto a una sociedad vigorosa. A la luz de su tiempo, consideraban que la burguesía y las clases medias serían los actores de la modernidad y del cambio para los mexicanos. La burguesía y los sectores medios iban a aportar los recursos y los saberes para el progreso de todos y, por supuesto, la transformación de todo el país. El Estado, en esas condiciones, poco a poco dejaría de ser importante y se reduciría a

un tamaño menor. Estos presuntos protagonistas de la modernización no estuvieron a la altura y el Estado omnipotente se consolidó otra vez —por necesidad— con el porfiriato.

La administración del general Díaz fue un gobierno fuerte y creó un país con marcadas apariencias —y, por supuesto, varias realidades— de progreso. Floreció la industria, la agricultura comercial, la educación liberal, la banca, los ferrocarriles y las haciendas con una orientación productiva capitalista. La burguesía y los sectores medios fueron sustituidos por los capitalistas extranjeros y por algunos mexicanos ligados a la estructura de poder porfiriano. El Estado, como en los buenos tiempos del siglo XIX, se convirtió en el sustituto de los ricos emprendedores que, se suponía, iban a transformar al país y a consolidar una sociedad más moderna y menos polarizada en términos de su estructura social. El Estado porfiriano tuvo la necesidad de ser fuerte, capaz de mantener el orden necesario para el progreso y una ideología de la unidad nacional sostenida por los instrumentos de fuerza tan conocidos en la historia de este tiempo. Son los inversionistas extranjeros los constructores de los ferrocarriles, de los comercios y de la industria mayor; sin embargo, es el Estado quien los protege y les garantiza las ganancias.

En ese tiempo, uno de los acontecimientos sobresalientes es el de la Revolución Mexicana de 1910. En la que se intenta —por diversos medios— encontrar los verdaderos orígenes de los mexicanos y descubrir el rostro oculto de nuestros coterráneos, o su equivalente. De esta Revolución, las expresiones del zapatismo de don Emiliano, a pesar de ser una *Utopía Agraria*, son las que mejor ayudan a intentar un reencuentro con la verdadera mexicanidad.

Paz conoció más tarde a los zapatistas más prominentes, que habían sobrevivido y visitaban a su padre. Ellos fueron quienes le transmitieron la idea del *calpulli* como la semilla inicial de los pueblos y sus tradiciones. La utopía zapatista era milenarista, como todas las utopías, y su relación con el *calpulli* era de ataduras originarias. Era un ingrediente premoderno y se sustentaba en las tradiciones que permitieron la sobrevivencia de los pueblos en otras etapas de la historia.

De seguro esta propuesta no sobreviviría a la modernización, a la

cual se oponía. Incluso en el sentido ideológico, para la lectura zapatista de la historia, la modernidad de la economía de mercado era la culpable principal de las inequidades padecidas por la sociedad mexicana en general y, en particular, por los habitantes de los espacios rurales. Es necesario aclarar que el zapatismo no planteaba el regreso al pasado en todos los planos de la vida de los pueblos. Se propuso revertir el orden en el plano rural en lo que se refiere a la tenencia de la tierra, aunque con cierto apego a las leyes vigentes que, por supuesto, deberían reformarse para continuar siendo aplicables.

De esta Revolución Mexicana tan compleja surge un poder político con marcados rasgos patrimonialistas que en algunos discursos se acerca pero en la práctica se aleja más de la utopía zapatista. Sin embargo, construye un extraño régimen en el que las virtudes y defectos se cruzan y se confunden. Uno de sus principales resultados, fue un gobierno estable y aceptado por los protagonistas estratégicos de la vida nacional. Fue un régimen capaz de mantener la estabilidad durante varias décadas y promover cambios dignos —por lo menos— de ser examinados. Su mayor mérito fue el ser un buen antídoto para el estado de guerra civil permanente que había resultado de la fase armada de la Revolución. También, en otra etapa, neutralizó a los caudillos militares y políticos, para hacer un peculiar reordenamiento del poder.

El movimiento de 1910 hizo surgir sectores nuevos en la población del país, algunos de los cuales le fueron fieles en sus inicios y después —como es el caso de las clases medias en los sesenta— se tornaron belicosos y generaron protestas sonoras y muy recordadas.

Para Octavio Paz, el papel de los intelectuales mexicanos —de la inteligencia, pues— es esencial en la vida de varias generaciones. En las postrimerías del siglo XIX y buena parte del siglo XX, es importante destacar el papel desempeñado por Justo Sierra, por Samuel Ramos y otros pensadores mexicanos del siglo pasado. Muchos de ellos —desde distintas funciones públicas y perspectivas filosóficas— intentaron una aproximación consistente al desarrollo cultural de los mexicanos. Como integrantes de un abigarrado sector pensante, en mucho apoyaron al gobierno de la Revolución para construir un país con mejores pers-

pectivas. Sus aportaciones —en las ideas y en la administración— fueron diversas, con diferentes grados de eficacia y oportunidad. Sin embargo, el rasgo característico de todos es su honestidad en sus apreciaciones y sugerencias.

La obra de la Revolución Mexicana tuvo un amplio contenido de creatividad y de búsquedas, por lo que la colaboración de los intelectuales no fue necesariamente una perversión moral o cultural. Es probable que hayan existido casos de éstos —y muy abundantes—, empero tal circunstancia no borra los aportes positivos y trascendentes, ni mucho menos.

En distintos planos de su obra, también nos hace referencias puntuales al pensamiento de Alfonso Caso, José Vasconcelos, Edmundo O’Gorman, Leopoldo Zea, Alfonso Reyes y de otros personajes sobresalientes de la cultura mexicana.

De manera directa, rinde homenaje al pensamiento de Samuel Ramos, que es el iniciador de la búsqueda de las esencias nacionales a través de sus reflexiones en torno “al mexicano” y “lo mexicano”. Sin embargo, no parece muy interesado en examinar el aporte de las figuras culturales del México reciente o actual. Por lo menos, esta preocupación no se encuentra de manera significativa en sus obras escritas o en sus exposiciones en otros medios. Lo que sí resalta son algunos de sus afectos.

La intelectualidad mexicana convivió —entusiasta y muy productivamente para todos— con el Estado revolucionario mexicano durante muchas décadas decisivas en el siglo XX. Ahora bien, en los años sesenta se produjo una ruptura que sentó o sustentó los cimientos culturales e ideológicos del Movimiento Estudiantil de 1968. Ésta, por tener vertientes intelectuales liberales y democráticas, fue una revuelta en esencia de jóvenes y de algunos sectores de la clase media mexicana todavía en ascenso social. La revuelta fue anti-autoritaria y, en una nueva y extraordinaria paradoja del poder y de la sociedad, termina con la matanza del 2 de octubre en el año olímpico de 1968, cuando el poder político se quitó la máscara y dejó ver uno de sus rasgos menos complacientes. El poder dio una respuesta violenta a los intelectuales y estudiantes que

osaron sacar a luz las contradicciones enmascaradas por los herederos de la Revolución Mexicana.

Una parte muy importante del esfuerzo ensayístico de Octavio Paz se vuelca en torno a los años sesenta, tanto de México como del exterior. La revuelta juvenil se constituyó en un ingrediente universal que afectaba lo mismo a las sociedades capitalistas, que a las llamadas “socialistas”. Contra todas las predicciones y profecías del marxismo y sus teólogos, la rebelión no se situó ni fue generada entre los obreros —los “sujetos de la historia”, según el catecismo marxista-staliniano— ni fue privativa de los países capitalistas. Tampoco fue dirigido por los partidos comunistas o sus equivalentes en los países que experimentaron estos desasosiegos. Fue —en lo esencial— un conjunto de movilizaciones anti-autoritarias, promovidas, actuadas y dirigidas por los jóvenes universitarios. Fue una crítica festiva, apasionada y total hacia el Estado y todas las formas tradicionales de autoritarismo. En realidad, ésta no era una revolución, a pesar del apropiamiento del lenguaje revolucionario por parte de los jóvenes, sino una rebelión. Los jóvenes de los sesenta repetían fórmulas de cambio social ya utilizadas por los intelectuales que les antecedieron. Sobre todo, de las vertientes libertarias inscritas en las distintas corrientes del pensamiento político.

Así, las tesis del marxismo renovador, del liberalismo social, del hinduismo o el taoísmo, del anarquismo, el nihilismo, el existencialismo, el feminismo y del psicoanálisis, volvieron a cobrar actualidad.

Estos eventos condujeron a algunas transformaciones muy importantes para la vida de las sociedades occidentales. Entre ellas, el descubrimiento y el ejercicio de toda clase de libertades, en particular las del lenguaje y las que se relacionan con el erotismo. Como un efecto imprevisto, los movimientos juveniles de los sesenta abrieron la posibilidad para ventilar los autoritarismos y los mitos de los países llamados “socialistas”.

En una segunda fase, el mundo comenzaría a conocer los horrores vividos por los habitantes del mundo oculto tras la Cortina de Hierro. Los movimientos juveniles, sobre todo el de Alemania y el de Francia, permitieron un foro para los disidentes del socialismo real, mismos que tenían

mucho para comunicar hacia el mundo exterior. La mayor parte de lo que se iba a decir eran malas noticias.

El poeta nos recuerda de nuevo nuestra historia: en 1930 se consolida, con la fase final de la creación del PNR, el sistema post-revolucionario. Entre los años de 1945 y 1960, el poder, la burguesía, los sectores medios y vastos grupos de la clase trabajadora, viven una especie de satisfacción hipnótica. Algo parecido a una siesta histórica que, dadas las contradicciones sociales y culturales del país, hacía previsible un despertar violento, ya sea de los sectores no privilegiados en lo social o por los hijos predilectos de la nueva realidad mexicana. Sucedió precisamente lo segundo, cuando los jóvenes universitarios y estudiantes de los niveles medios y superiores irrumpieron de manera irrespetuosa. Se trataba de jóvenes pertenecientes a las clases medias, surgidas en los años de relativa prosperidad.

Estos sectores exigían, aun cuando su petición fuera vaga, una mayor participación en la vida política del país. Era, en el sentido paciano, una revuelta anti-autoritaria con algún parecido con los movimientos estudiantiles de otros países —contrario a lo que se supone, la rebelión estudiantil mexicana comenzó, por lo menos, dos años antes que en los países europeos y en Estados Unidos. En un escenario de autoritarismo, el movimiento de los estudiantes mexicanos dio paso a la resurrección, por lo menos temporal, de los sustratos autoritarios en los días de las Olimpiadas y de Tlatelolco.

De todas maneras, los Juegos Olímpicos y la violenta respuesta de Tlatelolco se corresponden como ingredientes en una fase avanzada del desarrollo mexicano. Las Olimpiadas, como un evento generado por el reconocimiento internacional al desarrollo social del país.

México era una nación, hacia los años sesenta, que comenzaba a verse más en sus apariencias modernizadoras. Era un país que había logrado disminuir los reductos de la sociedad tradicional, rural, llena de caciques, de pistoleros, de secuaces y de costumbres autoritarias. También era ya una República con distintas expresiones culturales, dignas de ser mostradas y conocidas. En esas circunstancias, el otorgamiento de la sede olímpica era una acción de justicia internacional que el país se

había ganado con mucho esfuerzo. Las Olimpiadas, en ese sentido, fueron uno de los lados amables del desarrollo mexicano. Por otra parte, después de los acontecimientos en las calles de la ciudad, que culminaron en la Plaza de las Tres Culturas, también se sintetiza la contradicción entre el relativo desarrollo material y el autoritarismo que ha acompañado a los mexicanos durante muchas centurias. Este autoritarismo resurge a la primera convocatoria de las fuerzas tradicionales de un México que subyace oculto, como los pisos de las pirámides. Así, 1968 es una extraña fiesta de máscaras, sangre, autoritarismo, libertades festivas, rebeldías despreocupadas, tradición y modernidad. De memoria y olvido, en donde unos protagonistas mantienen muy presentes las posibilidades violentas del poder; en tanto que otros ya las habían borrado de su memoria o todavía no las habían registrado en su mente juvenil. Fue una fiesta de las mexicanidades contradictorias.

La rebelión juvenil internacional nació cuando nadie la esperaba y se diluyó en circunstancias parecidas. Hacia los años setenta, la rebelión se apagó y la crítica dejó de oírse, con algunas excepciones tales como el feminismo, que tiene antecedentes y evoluciones más complejas. De todas maneras, hubo un sucesor inesperado de la revuelta juvenil y ese papel le correspondió a los terroristas en varios puntos del escenario internacional. Los herederos de los críticos y disidentes alegres de los sesenta fueron los violentos y minoritarios de una década posterior.

Para Paz, hay una inversión en el esquema revolucionario del bolchevismo, mismo que suponía la necesidad de apropiarse del Estado y establecer desde ahí el terror ideológico. En el resultado opuesto, los activistas se instalaron en la ideología del terror, en donde su condición de minoría fatal los remitió a las acciones para atemorizar al Estado y, sobre todo, a la sociedad. A falta de convencer, se busca mostrar la presencia violenta y la inutilidad de cualquier práctica política de convivencia. Se busca atemorizar para paralizar y paralizar para que la sociedad deje de ser un sustento para el Estado al que se busca derribar.

El terrorismo es el reconocimiento de la fatalidad; es decir, de la derrota final para la causa que se representa. Sobre todo, cuando se trata de los radicales de izquierda, ya sin muchas banderas atrayentes como

resultado de la derrota histórica, por lo menos temporal, del marxismo. Estos grupos, en muchas ocasiones, han evolucionado hacia propuestas menos descabelladas y se han inscrito en la socialdemocracia o en el eurocomunismo. En este nuevo escenario, el ambiente para los radicalismos-terrorismos no es propicio ni mucho menos. Existen otros casos con mayores complicaciones, tales como el de Irlanda y el de los Palestinos, cuyo entramado tiene más líneas y su solución como problema mundial está muy lejos de alcanzarse. Para lograrlo se requeriría de una instancia salomónica que, al menos por el momento, no existe en la realidad. De todas maneras, el terrorismo como forma de defender causas, es una bandera que ya está derrotada y terminará por desaparecer, aun cuando tuviera algunos momentos de auge.

La impotencia de los terroristas es compartida también por su adversario: el Estado en los países democráticos. Los gobiernos y la sociedad occidental, en ese sentido, han caído en una suerte de nihilismo o, más bien, en un hedonismo, en donde la resignación ante la fatalidad es un elemento esencial. La resignación, en estas circunstancias, no es una sabiduría de las sociedades, sino una trágica actitud, acompañada de la cobardía y del abandono ante lo que se considera inevitable. Los terroristas, por su parte, parecen empeñados en demostrar que el Estado —el Estado fuerte, por supuesto— es necesario y la aplicación de la fuerza, en detrimento de las libertades, es cada vez más indispensable. Parece que están empeñados en darle la razón a Hobbes. No es casual, en consecuencia, que un ascenso del terrorismo casi siempre va acompañado de una legitimación para los gobiernos dictatoriales.

El terrorismo ha prosperado más en donde los *Estados nacionales* han tenido mayores dificultades para consolidarse. Tal es el caso, con algunas variaciones, de Alemania, Italia y España. En estas sociedades, el tránsito hacia la democracia ha sido repentinamente interrumpido por los gobiernos de corte despótico, mismos que tampoco han demostrado la efectividad prometida en algún momento. En estos países, tanto la fuerza directa como la democracia han sido sometidas a pruebas no superadas por sus sociedades y se ha dado paso a la circunstancia de incertidumbre social y cultural. Este proceso, por fortuna, ha comenzado ya a revertirse

en Italia y Alemania, el terrorismo se ha quedado solo, frente al rechazo o la indiferencia de la ciudadanía. En España, la ETA se diluirá tarde o temprano, por un cambio inteligente de táctica en sus seguidores o simpatizantes o, lo más seguro, por la orfandad política en la que ya se hayan inmersos.

En escenarios contradictorios —el desarrollo, los espejismos, la libertad y la represión, la riqueza y la pobreza— se dio y se consolidó el gobierno de la Revolución Mexicana. Octavio Paz le concedió a este régimen el reconocimiento a sus logros más importantes. Para el poeta, la Revolución Mexicana no se identificó en ningún momento, con alguna ideología y, por eso mismo, nos libró de las nefastas ortodoxias y de todas sus correspondientes implicaciones. Este pragmatismo —que, por supuesto, también tiene sus líneas abominables— nos salvó, por lo pronto, de convertirnos en un país dominado de manera visible por los mausoleos, las estatuas y los cultos a la personalidad. Con el recurso de una gran imaginaria —que incluyó componendas, violencias selectivas y combinaciones de alianzas— nos ha mantenido alejados del militarismo, tan común en varias etapas de la vida mexicana anterior a la Revolución y de América Latina en tiempos no tan lejanos. En una acción que muchos mexicanos agradecemos, el régimen revolucionario nos salvó de ser esclavos de las doctrinas y de los iluminados que ensombrecieron —al oír el llamado de sus deidades respectivas— a buena parte del planeta durante el siglo XX.

Como si estos aportes no fueran ya valiosos para los mexicanos de las presentes generaciones, la Revolución Mexicana mantuvo operativamente vigentes las inclinaciones laicas de los constituyentes de 1857 y de 1917. También con el concurso de habilidades aplicadas a los militares, a partir de la consolidación del poder, con Calles y el PNR, las iglesias y el Estado se han mantenido distantes y la sociedad mexicana, en su vida cotidiana, se sitúa en dimensiones muy lejanas a la religión. Los mexicanos a lo largo de innumerables generaciones, a pesar de su aparente intensa religiosidad, construyeron una comunidad desacralizada, como uno de los frutos del movimiento de 1910 y de la vigencia de un orden religioso tolerante en todos los sentidos. Los mexicanos, por eso mismo,

pueden aparecer incluso como fanáticos; sin embargo, su vida cotidiana es similar a la de las sociedades con menos presencia formal del componente religioso. Son creyentes en su fe y a pesar de todo muy ligados a la práctica de la tolerancia.

La Revolución Mexicana nos trajo la *No Reección*, no sólo como una divisa surgida del pofirato en sus primeros años. Al mismo tiempo, nos ayudó —o nos obligó— a crear un partido político que ha generado, a pesar de todo lo que ha sucedido con él y de lo que se dice de él, una apreciable estabilidad. A pesar de nuestros antecedentes históricos y de la recia consistencia de la cultura autoritaria de los mexicanos, no hemos tenido a ningún Nerón o a ningún Calígula. Tampoco, por desgracia para muchos, ningún Mussolini o un Fidel Castro. Lo que sucede en México no es por azar, el sistema político mexicano ha dotado a los gobernantes de una bien probada disciplina y de una apreciable sensatez. Todos saben que el poder es finito y esa finitud obliga a tomar las respectivas precauciones para evitar los linchamientos al finalizar su mandato. Cuando un gobernante ha erigido una estatua ecuestre en su honor, ésta se ha caído casi de inmediato al terminar el periodo gubernamental. Cuando el poder sale por la puerta, los explosivos y las barretas contra las estatuas entran por la ventana.

El sistema mexicano nos trajo un partido de Estado también *sui generis*. Para empezar, el PRI no nace de una revolución. El PRI —desde sus inicios como PNR— nace desde el gobierno pero no es el propietario de todo. Como una comunión de intereses distintos, es un factor de equilibrios complicados y difíciles, en el que la estabilidad ha sido puesta en vilo más de una vez. De todas maneras, mantiene la pluralidad y no se ha adaptado a ninguna ideología permanente e indiscutible. No es que el PRI no tenga ideólogos, lo que sucede es que la ideología no puede homogeneizarse debido a los distintos intereses que están representados en el conjunto priísta. El PRI, por lo demás, no puede gobernar solo y es evidente que desde sus filas se ha dado impulso al desarrollo de otros partidos políticos. Como organización sustituta de un escenario beligerante, el PRI ha sido uno de los instrumentos del poder para neutralizar —además del clero y los militares— a los empresarios, a los trabajadores

y, en cierta medida, a decenas de intelectuales potencialmente inconformes. La modernización del PRI, junto con las transformaciones anti-autoritarias de la izquierda, es uno de los factores indispensables para la modernización democrática del país en el futuro.

Cuando se refiere al poder presidencial, el poeta reconoce que es muy fuerte y, en cierta forma, obscuro y anti-moderno. Sin embargo, este es un poder institucional, porque proviene, como en los *tlatoanis* del tiempo prehispánico, de la investidura del cargo. El poder político de los presidentes mexicanos, aun concentrado, es temporal y cuando se termina el sexenio solamente sobrevive la autoridad impersonal, que vuelve a personalizarse en el nuevo presidente de la República.

Los presidentes mexicanos son —como lo afirmó con mucho énfasis en su aclaración a Mario Vargas Llosa en el encuentro de *Vuelta— poderosos constitucionales*, no caudillos ni gobernantes con espadas; a diferencia de los dictadores que suelen abundar por temporadas, en el escenario latinoamericano. El presidente mexicano hereda el poder de las culturas prehispánicas en nuestro país —de privilegio de cargo— que se terminaba al concluir la encomienda y no solían heredarse.

Por eso mismo, el presidente está lejos de la figura caudillesca, que tiene sus orígenes en el mundo árabe. En aquella región, el poder era inherente al caudillo, que se lo había ganado en los lances guerreros o en las designaciones religiosas. En el México posterior a la Revolución de 1910, el poder es inherente a la institución, que sólo puede surgir cuando las aguas están quietas. El presidente es una entidad moderna, en tanto el caudillismo surge de las tradiciones.

El caudillo surge cuando hay crisis o cuando hay guerra, nadie lo elige ni está pendiente de su buen o mal comportamiento. El presidente proviene de una elección, así ésta sea discutible, y es para un relativo largo plazo de seis años; una circunstancia que lo obliga a cuidar las formalidades; por esa razón, los presidentes de la República, otra vez como los *tlatoanis*, se explican y justifican en el respeto a las normas establecidas. El caudillo dura un tiempo indefinido, puede perpetuarse o ser fugaz y, por eso mismo, su autoritarismo es más marcado; no respeta las leyes, porque él es la ley, y cuando no sucede de esa manera, él hace

las leyes. Por supuesto, el caudillo establece leyes a su imagen y semejanza.

Hacia el interior de la sociedad mexicana, don Octavio Paz ve un México desarrollado que genera y recrea las esperanzas en el sentido del progreso. Este país moderno coexiste con el subdesarrollado, que genera amenazas y hace sentir signos ominosos. El primero no ha logrado la “conversión” del segundo. Este último —mientras tanto— crece por el incremento geométrico de la población y parece multiplicar sus efectos desencantadores. El ingrediente demográfico es uno de los factores más decisivos en el constante regreso a las zonas históricas de riesgo. Para superar esa contradicción entre el país rico y el pobre, hace falta una cultura democrática y de tolerancia plena, misma que nos permita reflexionar en torno a las causas del problema y acordar una búsqueda de las soluciones. Se hace urgente una visión serena y alejada de los intereses ideológicos que suelen llevar muchas nubes a los escenarios. La miseria de millones de mexicanos debe ser motivo de una búsqueda social y no una bandera para los partidos políticos que suelen medrar en ella.

Los componentes de la libertad y el de la tolerancia deben permitir una valoración real, serena y crítica de los resultados obtenidos con los esquemas de organización económica utilizados en el mundo Occidental. En estas regiones, el progreso material se tradujo en la pérdida de muchas de las esencias culturales de los hombres y en un agravio permanente al escenario ambiental, mismo que se encuentra día a día más degradado y su condición lamentable es cada vez más irreversible.

La libertad y la tolerancia, también deben permitir un examen razonable de los frutos —aceptables o lamentables— cosechados en los dominios del “socialismo real” y en algunos países que pretendieron imitarlo parcialmente. En estos espacios, la tendencia de la planificación central, con planes quinquenales o de más largo plazo, pasó generalmente de una propuesta de control sobre la economía a los campos de concentración o, lo que no es menos grave, a las expresiones cada vez más cínicas del autoritarismo superlativo. Esa fue la tierra pródiga para los “padrecitos de los pueblos”, la ortodoxia de la ideología y la persecución para los herejes y renegados.

Por supuesto, habrá que aprender del socialismo de Europa Occidental, en particular de Suecia, Inglaterra, etcétera, en donde se lograron importantes avances con los gobiernos de izquierda sin llegar a los *gulags*. El eurocomunismo y las derivaciones de la social-democracia son posibilidades abiertas para un país que pretende buscar las respuestas dentro de un esquema de libertad y democracia. Se debe buscar un desarrollo susceptible de ser compartido y con una marcada preferencia por la economía respetuosa del entorno ecológico. Por eso mismo, la búsqueda debe continuar bajo el signo de la libertad, para que los resultados no tengan que imponerse a la sombra de la fuerza estatal o de los grupos de rebeldes armados, cuya vocación por el autoritarismo está fuera de toda duda. En la libertad no hay recetas, sino una permanente orientación hacia la búsqueda de respuestas y soluciones compartidas.

Hacia el exterior, Octavio Paz observa un escenario intranquilo en los tiempos que corren. Hay, como lo expresa el título de una de sus obras, un tiempo con cielos amenazantes y, por eso mismo, son necesarias las reflexiones desideologizadas y profundas. El poeta ve muy cercana la amenaza de los nacionalismos como expresiones extremas de la territorialidad. Ve venir una extraña revuelta de las particularidades como lo es el caso de Irán y varias naciones del Mundo Árabe. También reflexiona sobre las consecuencias de la caída del Muro de Berlín, con sus correspondientes contenidos simbólicos y políticos para el Occidente. El socialismo real fue vencido por sus propias contradicciones que lo llevaron a la consolidación de una burocracia y un Estado militares, mismos que minaron las potencialidades de las sociedades de esa región. Hacia el exterior del mundo del socialismo real, las simpatías disminuyeron debido a la caída de la máscara que los rusos mostraban al ostentarse como la gran patria del socialismo. Esta dictadura de las clases sociales proletarias fue un engaño que ya nadie aceptó ciegamente a partir de los inicios de la Guerra Fría.

El expansionismo ruso de la era staliniana fue similar al de los tiempos de Iván el Terrible o de Pedro el Grande. Esta nueva vocación por la conquista, se hizo sentir a finales de los años treinta, con los acuerdos entre José Stalin y Adolfo Hitler para compartir algunas regiones del Este

Europeo. Más tarde, se haría ver de manera sangrienta en Hungría, cuando surgieron ahí algunas tendencias nacionalistas o, por lo menos, hacia una mayor autonomía con respecto a la URSS y en Checoslovaquia, cuando un gobierno nacionalista exhacerbado inició la liberación en algunos planos de la vida checa. Situaciones similares se presentaron en Polonia y Afganistán, en donde el expansionismo adquirió características armadas para enfrentar a los nacientes nacionalismos y movimientos étnicos fortalecidos con el factor religioso. Incluso, en Cuba, con la instalación de misiles con cargas nucleares para dar una mayor amplitud al imperio ruso.

Octavio Paz hace una crítica severa al marxismo contemporáneo aunque, es necesario decirlo, a veces ve al stalinismo como la expresión viva del pensamiento de Marx. De todas maneras, reconoce que el método marxista tiene validez como vía de interpretación histórica en el desarrollo del capitalismo y tiene un gran mérito por su compromiso con el humanismo al poner a la clase obrera en el centro de las preocupaciones humanas. La crítica del intelectual es, ante todo, hacia los frutos que la doctrina marxista generó en los países del socialismo real. Los resultados de éste, en todas las circunstancias conocidas, han estado muy lejos de los planteamientos de las tesis marxistas y, en consecuencia, se debe liberar a la filosofía construida por Marx y Engels de los daños que le ocasionó la ortodoxia soviética. En las circunstancias actuales, por ejemplo, ya no puede hablarse de la clase obrera como el motor de la historia, porque este sector de la población se ha convertido en un protagonista de reformas y de sentimientos nacionalistas o localistas. El internacionalismo proletario es ya una leyenda complaciente en el mejor de los casos y la historia de nuestro pasado reciente así lo confirma. El esfuerzo de los trabajadores ha servido, en muchos casos, para sustentar la expansión violenta de los grandes capitales en vastas regiones del mundo.

Contra lo que Marx y Engels dieron por supuesto, hoy en día no hay noticias revolucionarias en los países desarrollados. Ahí los obreros se han convertido en aliados muy vigorosos de la vía capitalista de desarrollo; se han —como lo plantearon algunos teóricos rebeldes del marxismo—

aristocratizado. El pensamiento socialista de hoy se ha convertido en un asunto de los grupos radicales en los países más pobres; es una ideología de intelectuales marginados y de pueblos sin mayores perspectivas. El lenguaje del cambio se ha instrumentalizado para legitimar la inmovilidad en lo que queda del socialismo real. Ahora bien, el marxismo es, después de todo, "...la última tentativa del pensamiento occidental para reconciliar la razón con la historia". En consecuencia, es necesaria su revisión y las adecuaciones para convertir el método marxista en un instrumento del conocimiento humano para las nuevas circunstancias. El marxismo, como un fruto elaborado por la razón humana, requiere de cambios para ser consecuente con las etapas actuales de la evolución en las sociedades.

El gran engaño de los países del socialismo real, que desprestigiaron de manera visible al marxismo, se dio bajo el signo del ocultamiento en los países de Occidente. De una parte, los gobiernos, democráticos o no, se negaron a denunciar los acontecimientos de represión y autoritarismo que abundaban en las llamadas "democracias populares", debido a la existencia de intereses muy importantes en el plano económico. Por otra parte, tenemos la actitud de los intelectuales; llamados o autollamados "progresistas", que tendieron un cerco hecho de silencios y complicidades alrededor de las villanías y crímenes sucedidos dentro de la cortina de hierro. La izquierda internacional, en términos generales, cayó en los silencios ominosos como conducta moral. En términos filosóficos se redujo a la dialéctica del mecanicismo histórico y el mesianismo político. Sus intelectuales partieron de un principio generoso —la sociedad sin mayores desigualdades sociales— y, poco a poco, se adentraron en una red de mentiras y engaños, que con el transcurso del tiempo se convirtió en una verdadera trampa, tanto para ellos como para las tesis del marxismo.

Estos errores y complicidades no fueron todo. En lo que se refiere al pensamiento crítico social y cultural hubo un proceso de neutralización y decadencia. Inclusive, en la crítica hacia el capitalismo y hacia el Occidente, se han permeado los temores de ir más allá, dado que podrían "colarse" algunas referencias incómodas al socialismo real. Hay una especie de mala conciencia que impide una crítica más sólida hacia las

verdaderas esencias del sistema capitalista. Así, en el caso mexicano, la izquierda intelectual cayó en un anquilosamiento y renunció a su verdadera condición de críticos libres. Se convirtieron en prisioneros "...de fórmulas simplistas y de una ideología autoritaria, no menos nefasta que el burocratismo del PRI y del presidencialismo tradicional en México". Las fuerzas de izquierda, en su conjunto, se convirtieron al milenarismo, al nihilismo o en simples contempladores, para ver pasar el cadáver del capitalismo en el mejor de los casos, del proceso histórico. Esta conversión, de alguna manera, disfraza la intención de escapar a la realidad. Es el reconocimiento de no poder combatirla.

Las voces disidentes de Europa Oriental, en ese momento el espacio del socialismo real, tales como Alexandr Soyenitzin, Adrej Sajarov, Milovan Dijilas, Irme Nagy, Boris Pasternark, Lech Walessa y otros, no sólo fueron silenciadas dentro de la llamada Cortina de Hierro, o por los gobiernos de los países democráticos, sino también en las tertulias de los intelectuales socialistas en Occidente. Estos últimos consideraban que la denuncia contra los crímenes de los gobernantes y cuerpos policíacos soviéticos era nada menos que una operación de traición, que favorecía a los intereses del imperialismo; en especial, de Estados Unidos. Hacer referencias a Hungría, Checoslovaquia o Cuba, era hablar mal del mundo socialista, al que se aspiraba llegar como la terminal histórica. Era hacerle el juego a las burguesías de todo el mundo y, con esa premisa, se justificaban los silencios y se ahondaban las complicidades. El terror impuesto sobre los disidentes internos —fueran reales o supuestos— se expandía hacia los simpatizantes externos.

El autor de *Tiempo Nublado*, en cierta medida, fue un perseguido por amplios sectores de la izquierda mexicana con el propósito de hacer menos impactantes sus denuncias. En expresiones más radicales de persecución, su obra fue quemada públicamente en los corredores universitarios de los años setenta. Sobre todo, a partir de la publicación de *Postdata*, que constituyó una grave frustración para los jóvenes y para los abundantes izquierdistas de entonces. Estos protagonistas del 68 mexicano y sus simpatizantes de orientación marxista, esperaban el surgimiento y la llegada de un "líder moral" que acaudillara, a la manera de un

nuevo Lenin, el levantamiento de los grandes grupos sociales para hacer la revolución comunista. De no ser así, por lo menos, la llegada de un nuevo visionario de la revolución, capaz de encontrar nuevas teorías y, sobre todo, una modalidad mágica de *la praxis* política revolucionaria. De manera más íntima, buena parte de la izquierda estudiantil posterior al 68 esperaba que Paz rescribiera —también, por supuesto, que firmara— los manuales del “Che” Guevara, de Mao Tse Tung o de Régis Debray sobre la nueva guerra contra la burguesía, esta vez mexicana. Al no producirse el milagro histórico, algunos textos fueron llevados a la hoguera mientras el orador lanzaba una advertencia que, aunque hoy se consideraría demencial incluso por los izquierdistas, en ese tiempo fue muy aplaudida. Por desgracia, solamente contamos con algunos fragmentos y, por eso mismo, no podemos compartir más:

¡Así arderán los libros de la burguesía reaccionara, disfrazada de intelectual...!

¡Así se quemarán los libros burgueses! Esta basura se convertirá en ceniza por la llama de la revolución... en este cielo de octubre que ya contempló la masacre de Tlatelolco. Así arderán los libros de Octavio Paz y van a entrar al fuego todos los libelos que se oponen a la lucha de los pueblos. Así como los libros de Paz son miserables y hoy los quemamos, así arderán los textos que se opongan a la clase obrera. Hoy somos los estudiantes de filosofía los que prendemos lumbre a los libros escritos para envenenar la conciencia en contra del socialismo que ya se acerca. Mañana serán los obreros, los campesinos, las amas de casa...

Ya en los años cincuenta, Fernando Benítez —a la sazón director del Suplemento Cultural del periódico *Novedades*— le había negado al poeta la publicación de un texto sobre los campos de concentración en la entonces Unión Soviética. Por esa razón, Paz se vio obligado a buscar la intervención de Victoria Ocampo, para que el material fuera publicado por la revista *Sur*, de Buenos Aires. A raíz de estos escritos, la mayor parte de la prensa de la izquierda mexicana lo acusó de ser anticomunista y punto menos que agente de Wall Street y del Pentágono. En un mitin frente a la embajada de Estados Unidos, Paz fue acusado de ignorar el

marxismo y de ser sospechoso, porque viajaba con demasiada frecuencia y no se sabía el origen de los recursos utilizados por el poeta para ir de un lado a otro. Se recordó también en ese mitin que Paz había dejado solos a los republicanos, al abandonar su puesto como comisario político en una sección militar muy importante.

En las discusiones “más serias”, la crítica al poeta era por optar y proponer la libertad burguesa, la democracia también burguesa, por atacar a las “democracias populares” y, sobre todo, por haber incluido a las pasiones y los distintos deseos como categorías dignas de examinarse. La referencia a los sentimientos y pasiones fue considerada como la expresión de una mente capitalista, en plena decadencia y, por eso mismo, digna del fuego purificador. En uno de estos actos “revolucionarios”, la imagen fotográfica del escritor, en un extraño simbolismo, fue quemada de cabeza.

En 1968, mucho antes del *affaire de Posdata* en la Facultad de Filosofía de la UNAM, Paz había sido sometido a juicios sumarios, incluso por su propia hija Elena Paz, que firmaba un extraño documento con reclamaciones muy personales. En esta carta se acusaba a Paz y a los intelectuales de izquierda o moderados que habían apoyado moralmente al movimiento estudiantil. Los autores indirectos de la violencia —los teóricos de la rebelión y la rebeldía—, habían imbuido en los jóvenes un sentimiento contestatario irreflexivo, que los había llevado a las barricadas, cuando no a la muerte anónima.

Como todo intelectual, Paz aparecía como el autor ideológico y moral de los disturbios, por lo que debería hacerse acreedor de penas más agresivas. Algunos periodistas, como Roberto Blanco Moheno, no lo bajaban de hipócrita, con elegantes pisos en París, dedicado a vivir bien a cambio de hablar mal del sistema político mexicano. También lo acusaba de... “poetizo”. Esta vez, sin embargo, el promotor de la persecución fue el gobierno.

Para la izquierda mexicana que predominaba en los años setenta, la libertad y la democracia eran únicamente los componentes de una propuesta comprobadamente burguesa. Esta oferta política tenía la cínica intención de borrar todo el sustrato de la lucha de clases. Por aquellos

días, la *Célula Stalin*, de la Escuela Nacional de Economía —integrante de la Juventud Comunista, del Partido Comunista— era muy clara en afirmar que “...la democracia burguesa es el vómito que la burguesía ofrece al proletariado, a cambio del porvenir grandioso que merecen los trabajadores en el cielo limpio de la sociedad socialista”. Cabe señalar que por aquellos días no hubo más quema de libros del poeta, porque a los aspirantes a quemadores se les presentaba un problema de carácter “técnico”. A decir de los oradores más avezados, para quemar libros se necesita comprarlos y esa compra le hace el juego a la burguesía reaccionaria y demagógica.

Años más tarde, en los ochenta, no sólo fueron a la hoguera los libros del poeta. También lo fue su propia figura representada en un monigote. Otra vez, el escenario fue la intermediación de la embajada de Estados Unidos en México. Fue en 1984 cuando el autor de *El laberinto de la soledad* recibió un premio de los libreros alemanes. Ahí en Frankfurt, Paz puso en duda las bondades absolutas de la Revolución Sandinista, sobre todo en materia de libertades culturales. También critica la persecución de los sandinistas hacia las minorías religiosas y étnicas. De una u otra manera, Paz se pronuncia por la libertad inmediata y la instauración de la democracia en aquel país del área centroamericana. En respuesta, el monigote cargado por varios intelectuales fue llevado a la lumbre, con el aplauso de la concurrencia lo suficientemente excitada para exigir la quema de todos los libros del poeta. “¡Con este monigote, hecho de trapo sucio y papel, arde el mismísimo teórico de la burguesía y de los gringos!”, y el monigote ardió a toda plenitud.

Una situación parecida se dio en 1994, cuando en un mitin de apoyo al EZLN se planteó “cercar” y boicotear al periódico que publicaba los artículos de Paz, en donde el poeta cuestionaba al EZLN, y de manera muy incisiva a los intelectuales que habían “recaído” en su culto a las doctrinas autoritarias y a los movimientos armados, siempre y cuando se plantearan la instauración del socialismo. El periódico en cuestión era *La jornada*. En la Escuela de Economía de la UNAM, por esos mismos días, la “asamblea general” acordó evitar las clases con profesores de “marcada influencia pacista”, algunos de los cuales no sólo había cuestionado

al movimiento chiapaneco, sino expresado algunas dudas más o menos razonables sobre su perfección política e ideológica. En marzo de ese mismo año, en la Universidad de Guadalajara, por los mismos motivos de la crítica hacia el EZLN, hubo quemas de textos pacianos. Volveremos más adelante al tema de Chiapas.

En la *Revista de Filosofía*, publicada por la Universidad Autónoma de Puebla, se hace referencia a Octavio Paz como un burgués, anticomunista ilustrado y enemigo jurado del pueblo trabajador. Por eso mismo, las ideas del poeta deben ser silenciadas recurriendo al linchamiento de la no lectura, a fin de que vaya moderando sus juicios sobre la rebelión indígena. Ocasionalmente, fue acusado de “feminoide”, con ánimos muy violentos, no solamente por el contenido de sus textos literarios, sino por otras facetas de su vida personal. Juan José Gurrola, un dramaturgo muy conocido en el país, amenazó a Paz por sus críticas hacia el gobierno de Cuba. Le advirtió que iba a convertir los ojos del poeta en “bolas de un ábaco enloquecido”. De ti, le decía Gurrola, “ya nos encargaremos”. En la Escuela de Trabajo Social, un grupo de activistas inició la recolección de firmas para pedir al Fondo de Cultura Económica que no volviera a publicar las obras de Paz, ya que de lo contrario tendría que atenerse a las consecuencias. La colecta de firmas se suspendió de repente.

Seguramente no hay en la historia contemporánea del país otro caso de intolerancia tan frontal como la de la izquierda anti-intelectual, con la excepción de algunas quemas “simbólicas” de *La democracia en México*, de don Pablo González Casanova, considerado un texto reformista por los radicales del 68. En el caso de Paz, en el linchamiento participaron tanto los radicales de izquierda como algunos personajes ultraconservadores, para hacer valer el lugar común de que los extremos se juntan. En este caso, encontraron puntos de coincidencia con más frecuencia de la que comúnmente se supone. Álvaro Cepeda Neri, por ejemplo, afirmaba que él, como lector, no cambiaría nunca un solo verso de Pablo Neruda por toda la poesía de Octavio Paz. Por aquellos mismos años, un periodista conservador acusó, varias veces, a don Octavio de ser “un poeta perverso”.

El poeta hace un recuento de sus relaciones con los intelectuales

mexicanos y, especialmente, con los llamados de izquierda. Paz no niega méritos a los poetas y artistas que profesaron esa ideología en su oportunidad. Empero, afirma que toda forma de ceración dominada por la ideología es un camino, por lo menos, equivocado. A lo largo de su crítica a los pensadores de izquierda, repasa el comportamiento discutible desde Luis Aragón, hasta Regis Debray, Carlos Fuentes y, por supuesto, Pablo Neruda. En ellos, dice Paz, abunda la hipocresía y la doble moral, capaz de ver los crímenes de los norteamericanos en Vietnam y olvidar los de Rusia o Cuba. El imperialismo sólo es el Sudeste Asiático y no Hungría, Checoslovaquia o Polonia. El radical de izquierda no maneja ideas, sino esquemas y calificativos. No busca la verdad, sino la promoción de la cólera entre las clases —que él supone— empobrecidas. No busca la libertad ni la democracia, sino que insiste en la dictadura del proletariado como uno de los grandes dogmas de los intelectuales.

En su trabajo abundan las consideraciones sobre la izquierda universitaria, un grupo radical que transformó a la clase obrera como el protagonista histórico, por los jóvenes estudiantes y los burócratas universitarios. A falta de una clase obrera accesible y rebelde, los simpatizantes del marxismo enseñaron sus iras y utopías en los salones de clase. Es una actitud similar a la de algunos monjes medievales que construyeron sus propios *gethos*, desde donde diseminan una visión teológica y simplista del mundo. Además, lo hacen bajo el amparo de las nóminas estratégicamente establecidas por el *ogro filantrópico*, que es el Estado mexicano. Ese es el escenario seleccionado por los militantes del marxismo, para crear al sector rebelde, mismo que ha de construir el socialismo en nuestro país.

Dentro de esta tendencia, hace una crítica frontal a la llamada “Escuela Mexicana de Pintura” —a la que considera un arte de buen nivel, pero contaminado por los servicios que le prestó, durante muchas décadas, al poder y a los sedicentes herederos de la Revolución Mexicana. También y de manera muy prominente al llamado socialismo real en otras latitudes del mundo. De manera muy particular, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros hacen un arte de partido, propio de un régimen autoritario, que requiere de una cultura ideologizada para legitimarse. Así,

la Escuela Mexicana de Pintura es una inmersión intencional en la demagogia plástica, tolerada —y casi siempre pagada, directa o de manera subrepticia— por el régimen capitalista y paradójicamente, muy proclive al discurso de los radicales de izquierda. Siempre y cuando se trate de promover un socialismo en abstracto, de lejitos y en los muros estáticos.

Ahora bien, contra todo lo que puede saltar a primera vista, a partir de sus críticas a los intelectuales de izquierda, el autor de *El laberinto de la soledad* siempre consideró a esa corriente de pensamiento y de acciones como el interlocutor con el que debería —y valía la pena— debatir. Sólo con estos personajes u organizaciones era válido sostener una discusión en torno a los asuntos de la sociedad mexicana e internacional.

“Siempre creí y creo, que mi interlocutor natural era el intelectual llamado de izquierda”. Fue algo muy importante en mi formación... lo único que sé es que mi diálogo... es con ellos. No tengo mucho que hablar con los otros...

aquellos “otros” eran los pensadores orgánicos del conservadurismo decimonónico y del siglo XX mexicano. No encontré, por lo menos no se advierte en su obra escrita, una propuesta conservadora digna de examinarse con la seriedad y la pasión con que se debe revisar la propuesta de la izquierda.

Con toda seguridad, en la mente de Octavio Paz aparecía, otra vez, la imagen de la dualidad en los seres humanos. El intelectual llamado o autollamado de izquierda, es un religioso del Estado totalizante y, de manera simultánea, es uno de los últimos refugios para las grandes propuestas del humanismo. Es un fanático de la dictadura del proletariado, pero también un creyente en el heroísmo y las entregas vitales a la causa. Así lo comprobó, él mismo, cuando fue testigo de estos ejemplos durante la Guerra Civil Española. El hombre de izquierda es un partidario de la violencia revolucionara y, al mismo tiempo, de las mejores capacidades humanas para la ciencia, el arte, la filosofía y aun la religión. Es la presencia de lo claro y lo oscuro; del pasado heroico y del futuro ominoso;

es un instrumento de la intolerancia y, también, un luchador honesto por la libertad de los seres humanos.

En el transcurso de la historia reciente, los militantes de izquierda dieron muestras de heroísmo y de crueldad; de ingenuidad y lucidez, de fraternidad y disciplina ideológica, de valor y, a menudo, de inteligencia. Esta combinación los llevó a construir abundantes prisiones para la conciencia y, muchas veces, se vieron orillados a la ignominia. El militante de izquierda es un hombre de fe, capaz de ignorar —o, lo peor, de apartarlo— de manera muy seguida las incoherencias de la doctrina tutelar y las atrocidades de sus jefes o de sus caudillos inspiradores, a los cuales debe —o cree deber— lealtad. Valiente y obcecado, el hombre de izquierda es también, por lo general, honesto y autoritario. “Pocas veces tantas buenas razones han llevado a tantas almas virtuosas a cometer tantas acciones inicuas. Misterio admirable y abominable.” Es una dualidad, como muchas otras realidades tocadas por la reflexión paciana.

La caída del Muro de Berlín, a fines de los ochenta, sin embargo, no trajo consigo el mejoramiento de la libertad ni de las condiciones de vida para los pueblos, tanto de Oriente como de Occidente. Lejos de ello, el triunfo de la libertad, de la idea de la democracia y de Occidente, generó un abaratamiento en las ofertas políticas de las democracias occidentales. Al no existir una ideología competidora del esquema de mercado, los intereses comerciales y la globalización aparecen ahora en sus presentaciones más descarnadas y cínicas. Terminada la bipolaridad ideológica, aparecen los diferentes polos de los intereses económicos más vulgares. En el mundo occidental se ha desarrollado un desinterés cada vez más marcado por el destino trágico del sector subdesarrollado del planeta. La decadencia se ve como una etapa inevitable para todos los pueblos y culturas que alcanzaron altos niveles civilizatorios.

Para el autor de *Postdata*, las revoluciones sociales que se proponen no van a ser los factores que orienten estas realidades trágicas. Estos movimientos revolucionarios, se petrificaron

...en tiranías desalmadas; los alzamientos libertarios han degenerado en terrorismo homicida... Occidente vive en abundancia, pero está corroído por

el hedonismo, la duda, la dimisión... en el llamado Tercer Mundo, dictaduras, luchas intestinas y guerras exteriores... matanzas que dejarían boquiabiertos a los asirios, a los tártaros y a los aztecas”.

La Revolución Cubana construyó en aquella isla el campo de concentración más grande del mundo; la revolución Sandinista, en la muchas veces trágica Nicaragua, fue tan autoritaria como la misma dictadura del derrotado Anastasio Somoza Debayle; las revueltas del Congo y otros países de África, Asia o Medio Oriente, solamente confirman esa ominosa tendencia.

Para examinar la decadencia de Occidente y las características más importantes de la sociedad norteamericana, revisa en primer término el sustrato cultural de la llamada decadencia norteamericana, porque le parece la más “original”. Los estadounidenses más que estar en la decadencia, creen estar en ella. La noción les permite sentir que están en la historia y no constituyen ningún pueblo sin pasado o, como consecuencia de ello, sin futuro. El crepúsculo histórico es una etapa propia de los grandes imperios o pueblos y, por eso mismo, es necesario pasar por ella. A ésta, la sitúa como el resultado de la auto-satisfacción, nacida del supuesto en el sentido de que Estados Unidos nació a imagen y semejanza del éxito. En ese país, sus pobladores se ven cada día en un espejo construido para dar seguimiento a sus abundantes logros materiales. Sin embargo, Octavio Paz reconoce que Estados Unidos es la vanguardia inevitable de la modernización y de la democracia. No es un modelo a imitar acriticamente, sino la experiencia digna de tomarse en cuenta. Es un punto de partida para construir una sociedad contenedora de sus logros y a salvo de sus errores o ausencia.

En los países europeos, la decadencia norteamericana es vista con ojos envidiosos. Los países de Europa Occidental han envejecido y, sobre todo, lo han hecho en sus capacidades para la crítica que es —según la apreciación del poeta— el signo más prominente del cambio y de la vigencia como cultura. Los europeos, en ese sentido, se han apoltronado al grado de convertirse en una sociedad con capacidades, parcial o totalmente, minadas. Su vida se reduce, como en Estados Unidos, a una

combinación mecanizada de producción y consumo. Se ha vuelto, de manera imperceptible o violenta, a la unidimensional.

El sexo se ha comercializado o reducido a la pornografía y la auto-satisfacción, a pesar del gran logro de las libertades sexuales alcanzadas por la generación anterior. La libertad, como tal, es sólo un espacio para que los medios de difusión hagan de las suyas, en el altar de los intereses particulares. La gran propuesta de una Europa capaz de dictar las fórmulas para el entendimiento y la cultura internacional, se agotó al salir del escenario la recia personalidad del general Charles De Gaulle, sin que haya en perspectiva ningún nuevo intento para promoverla.

En el mismo escenario internacional, Paz pasa revista a los acontecimientos del Medio y Lejano Oriente. Examina el ascenso del gobierno teocrático, monoteísta y autoritario de Irán, como el resultado de los apresuramientos del sha Reza Pavlevi para lograr la modernización en la sociedad iraniana. Irán es otro de los particularismos que es necesario tomar en cuenta y aprender de sus experiencias, para evitar hacer tabla rasa con las culturas ancestrales. Sea cual fuere el resultado del proceso iraní, por ahora es sólo una advertencia y como tal debe tomarse, puesto que sus signos son, para decir lo menos, preocupantes. Existe el peligro del surgimiento de un mesianismo de alta consistencia, que pueda contagiar a todas las sectas radicales que hay en el mundo islámico y fuera de él. El milenarismo y sus visiones laterales han alcanzado en cada vez más países el estatuto de factor histórico para los tiempos actuales. Es aberrante, pero real; es ominoso pero debe servirnos de lección.

Paz examina, por supuesto a grandes rasgos, el proceso hindú y el chino. Se refiere a una y otra nación como realidades alentadoras y actuales. En el caso de la India, a pesar de todos los obstáculos, la libertad como práctica social y la modernización del país —por lo menos en buena parte de él— han sido los ingredientes para una democracia incipiente, pero ya aceptada como el camino a seguir. Nos enseña, con su estilo propio, el secreto para reflexionar sobre otras naciones, otros hombres y otras culturas. Sugiere el asombro cuando se trata de un país con las dimensiones de la India por su tamaño y, sobre todo, por su

diversidad. En un paseo iniciado al caer la tarde y terminado ya bien entrada la noche, el poeta mexicano recorre las calles de Bombay y hace valer ahí, otra vez, su principio de las dualidades, cuando observa la mendicidad, la basura, la sabiduría milenaria y los seres distintos en una comunión compleja y fascinante.

Resume esta apreciación al indicarnos que el alma de los hindúes está compuesta por ingredientes encontrados, de sensualidad y de ascetismo, de avidez de bienes materiales y culto al desinterés o a la pobreza, de realismo descarnado y de fantasías, de didactismo y de libertinaje. Al sentir las interrogantes que se asoman en la India, el ensayista vuelve a sentir las dudas que vivió en México durante su juventud y en sus continuos regresos que le han mostrado un país en donde la fascinación se cruza con los pensamientos inquietantes. Después de todo, los ahorcados de la Revolución de 1910 o de la Guerra Cristera, a la orilla de las vías del ferrocarril a Cuernavaca, no son tan distintos de los que resultaron de las guerras étnico-religiosas que a lo largo del tiempo se han suscitado entre hindúes y musulmanes. Paz reflexiona sobre México y las regiones varias veces visitadas, en el amplio y complicado territorio de la India.

En sus visiones de Nueva Delhi, el escritor recupera la imagen cinética de la impronta británica. En un caluroso verano hindú, observa con agudeza la intención británica, de tiempos victorianos, en el sentido de crear un enclave del brumoso Londres, a muchos miles de kilómetros, a 45 grados centígrados de temperatura, en el territorio colonial de la India. De todas maneras, la dominación británica no pudo frenar la construcción o permanencia de un gran complejo civilizatorio, con capacidad para deslumbrar a todos aquellos que tengan noticias de él. Lamentablemente, los hindúes no pudieron crear una Nación unificada ni un Estado nacional confiable y fuerte; sin embargo, los componentes religiosos, étnicos y regionales de este gran país se han constituido en fuerzas que han tendido a neutralizarse y con ello se ha evitado, más de una vez, el colapso del país.

El poeta se convierte en guía y nos lleva a la ciudad de *Mathura-Mutra*, la tierra en donde nació *Krishna*— en la frontera de India con

Pakistán. Ahí nos hace un leve recuento sobre una ciudad siempre asediada por las guerras étnicas y religiosas, pero con la energía suficiente para sobrevivir y ejercer una enigmática sensualidad, aparentemente capturada de la realidad para las figuras de los museos. También para mostrarnos su rico, vigoroso y extraño pasado religioso. Esta vitalidad se hace notar en la irradiación carnal habitada por una indefinible espiritualidad. Es una fuerza que parece ser un ingrediente en las estatuas, símbolo de aquella ciudad, que "...son de este mundo y del otro". Ante todo, Paz reconoce la capacidad histórica de sus habitantes de esa región hindú, para absorber los conocimientos provenientes de otras culturas. Inclusive de los que fueron traídos en plena beligerancia por sus enemigos. Es el hinduismo maduro, en una simbiosis estimulante con el Islam.

En lo que respecta a China de finales de los sesenta, la ve como una posibilidad, dado el tesón y el espíritu de sacrificio en el pueblo chino, con profundos asientos en el taoísmo y otras culturas ancestrales subyacentes. Los chinos tienen vocación por la apertura y las transformaciones, a pesar de que todo en China, hasta el lenguaje, tiene marcadas apariencias tradicionalistas. Para don Octavio Paz, el *taoísmo* no ha sido borrado de la vida y horizontes culturales populares, pese a las embestidas totalizadoras del *maoísmo* y sus secuelas. La llamada "revolución cultural" de los años sesenta, por eso mismo, fue una regresión autoritaria, incluso por el culto religioso a la figura de Mao Tse Tung o a sus lamentables tesis revolucionarias, con efectos negativos irreversible sobre las raíces más profundas de la cultura china. El maoísmo no logró crear un factor cultural eficaz para sustituirlas y dejó un vacío que retrasaría un cambio que ya se encontraba próximo. El espíritu abierto de los chinos, sin embargo, ronda y se hace sentir por aquellas latitudes.

En la revisión del escenario internacional contemporáneo, el autor de *Itinerario* se refirió al Japón como un país que alcanzó la modernidad y la democracia, con un respeto franco hacia sus culturas milenarias. Este logro de los japoneses contemporáneos, sin embargo, no es lineal o de un solo sentido. Tampoco la consolidación es una obra realizada en pocos años ni mucho menos. Por eso mismo, hay diversos factores que exigen

una revisión más amplia y profunda para llegar a las raíces. El desarrollo del Japón en el terreno de la economía y de la sociedad, no se debe observar, en una perspectiva reduccionista, como la cumbre del progreso humano. El verdadero desarrollo es el sometimiento de la tecnología a las necesidades humanas y la consolidación de la libertad y la democracia como esencias de la identidad. En ese sentido, a pesar de los avances y las nuevas mitificaciones, la tarea es todavía muy larga para los japoneses.

En su carácter de embajador de México en la India, Octavio Paz también lo fue ante los gobiernos de Ceilán y de Afganistán. Esta condición le permitió visitar ambos países y conocer algunos de sus elementos culturales de mayor peso. Sus referencias más frecuentes son acerca de Afganistán. Ahí conoció a los *Pathanes*, una raza guerrera y caballerosa; también a los *Khoji*, unos nómadas del interior del país y a los habitantes de los límites con la entonces Unión Soviética: los *Usbekos*. En relación con estos pueblos, el escritor nos informa sobre los conflictos del Islam y su violencia para asentarse en varios puntos de la región. Paz observa y describe el efecto de casi tres mil años de guerras entre budistas e hinduistas. También reflexiona sobre el penoso papel desempeñado por la Unión Soviética en el inhóspito territorio afgano, tratando de imponer el socialismo en un escenario poco propicio para otra visión totalizadora.

Finalmente, Octavio Paz alcanzó a ver los acontecimientos de Chiapas en enero de 1994. En una serie de artículos, realiza un examen severo y creativo acerca de los planteamientos políticos e ideológicos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional —EZLN. Paz encuentra varias contradicciones graves en la propuesta de los rebeldes y muchos signos atemorizantes en las intenciones de los principales jefes y muchos de sus seguidores. Su principal preocupación es la de volver a encontrarse con lenguajes e ideas que parecían haberse agotado con la caída del Muro de Berlín.

De nueva cuenta regresa al esquema de los buenos y malos, según la proximidad de los interlocutores o de los intelectuales de izquierda. Otra vez, "...docenas de almas pías, después de lamentar, de dientes para

fuera, la violencia en Chiapas, la justifican como una revuelta a un tiempo inevitable, justiciera y aun redentora”.

De nuevo se miente para decir que se trata de un movimiento espontáneo y de composición indígena, con un programa exclusivamente indigenista. La figura, el lenguaje y la procedencia de los “comandantes” no puede permitir las equivocaciones.

Ciertamente, en Chiapas, una buena parte de la población vive en condiciones de pobreza extrema y de desesperación. Estas circunstancias se deben a los saldos pendientes del desarrollo nacional y la torpeza de la clase dominante chiapaneca, aunada a la del gobierno federal. En ese sentido, muchas de las razones esgrimidas por los rebeldes son válidas y requieren no sólo la reflexión en torno a ellas, sino también de acciones decisivas para remediar los males. Hay causas históricas, tanto como contemporáneas y en esa difícil situación de los indígenas chiapanecos, toda la sociedad mexicana tiene parte de las culpas. Hay, pues, razones que explican la rebeldía, pero de ninguna manera justifican la violencia. Menos aún, que se esté formando una especie de partido de los justos, que tiene como eje fundamental la descalificación para quienes se niegan a creer en la resurrección de los mesías al final del siglo XX.

Para el poeta, las pretensiones de pureza moral que enarbolan los rebeldes —y les reconocen sus predecibles seguidores— y su séquito, ya sea de nacionales o extranjeros, constituyen factores de naturaleza teológica, imposibles de aceptar en el mundo moderno. Se angustia ante el anuncio de una entidad, el Ejército Zapatista, que plantea situarse como instancia de vigilancias morales, por encima de los gobiernos, de los partidos, de las instituciones y de los ciudadanos que protagonizan la vida en el país.

Para Octavio Paz, el EZLN y sus seguidores pretenden convertirse en los poseionarios únicos de la razón, la pureza revolucionaria, la fe, la verdad y la buena moral. Es toda una tentativa de verticalidad planteada con lenguajes, a veces, atractivos. Los intelectuales trasladan las culpas hacia el chivo expiatorio que es el gobierno, en un escenario de obsesiones y manías, que hablan de recaídas en las aparentemente ya superadas conductas lamentables. Entre estas últimas está el culto a

la violencia, a los mitos que aportan explicaciones fáciles y a la esperanza del Apocalipsis justiciero.

Este es el resultado de una lectura de toda la obra de Octavio Paz que se relaciona con la sociedad y el Estado. Esto es, de sus reflexiones en el plano de la política. Por supuesto, se corre el riesgo de no captar de manera apropiada el contenido más importante de una obra amplia y estimulante. No es fácil quitar palabras y sustituirlas por otras “más fáciles”, porque se pierde una parte muy importante de los contenidos pacianos.

Este trabajo nació como una serie de apuntes de clase y lo incluimos en un ensayo global. De acuerdo con el pensamiento del poeta, la mejor forma de abordar un tema es el ensayo, que es un plano intermedio entre el tratado y el aforismo. Anclarse por mucho tiempo en el pensamiento de Paz sería atentar contra la propuesta del poeta. Se trata de un ordenamiento de las ideas del intelectual mexicano, que nos permitan pensar al escritor con algunas nociones previas, tal como el poeta derivara de su encuentro —físico e intelectual— con Ortega y Gasset.